

El regalo



CHARLES CHINIQUY (1809-1899)

El regalo

Contenido

Prefacio.....	3
Un sacerdote en Canada	3
La Biblia	5
Un sermon	7
Convicción	10
Una conversación en el desayuno	12
¿Lealtad a quien?	15
Regeneración	19
Regreso al rebaño	22

© Copyright 2001 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera Antigua.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street

Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: *www.chapellibrary.org*.

El regalo

Prefacio

El Padre Chiniquy fue un famoso sacerdote católico del Canadá, nacido en Kamouraska, provincia de Quebec, el día 20 de julio de 1809.

Él estableció la primera Sociedad de la Templanza en ese lugar, ganándose el título de “el Apóstol de la Templanza”.

A causa de su habilidad y de su piedad, se le confió la misión de colonizar a una partida de franco-canadienses, que se ubicaron a residir en Illinois.

Años más tarde en su vida, él fue un amigo cercano de Abraham Lincoln. Tuvo la oportunidad de viajar por Inglaterra varias veces, y la historia que relataremos acerca de su vida, fue dada a conocer por primera vez en Londres. Vivió hasta su cumpleaños número noventa, muriendo en Montreal, el día 16 de enero de 1899.

Un sacerdote en Canadá

Nací y fui bautizado en la Iglesia Católica Romana en 1809, siendo ordenado sacerdote en el año de 1833 en Canadá. Cuento en la actualidad con setenta y cuatro años de edad, y hace casi cincuenta años que recibí el sacerdocio bajo la Iglesia de Roma.

Por veinticinco años yo fui un sacerdote de esa iglesia, y te quiero decir con toda honestidad, que yo amé a la Iglesia de Roma, y que ella me amó también. Yo hubiera derramado cada gota de sangre por mi Iglesia, y hubiera dado mi vida mil veces por ella, para extender su poder y su dignidad sobre el continente americano, y sobre todo el resto del mundo. Mi más

grande ambición era convertir a los protestantes, y traerlos a mi Iglesia, puesto que yo había sido enseñado, y se me había predicado que, fuera de la Iglesia de Roma no existe salvación, y yo sentía pena al pensar que todas esas multitudes de protestantes se iban a perder.

Pocos años después de que yo nací, nos encontramos viviendo en un lugar donde no había escuelas. Mi madre se convirtió en mi primera maestra, y mi primer libro de texto fue la Biblia. Cuando yo tenía ocho o nueve años de edad, recuerdo que leí el Libro Divino con un increíble placer y mi corazón fue arrebatado completamente con la belleza de la Palabra de Dios. Mi madre escogió los capítulos que ella quería que yo leyera, y la atención que le puse fue tal que muchas veces yo rechacé la oportunidad de ir a jugar afuera con los otros niños, para poder disfrutar del placer de leer el Sagrado Libro. Hubo algunas capítulos que yo amé más que otros, y fueron esos los que me aprendí con todo el corazón.

Pero después que murió mi mamá, la Biblia desapareció de la casa, probablemente siendo el responsable de esto un sacerdote que ya desde antes había querido poseerla. Sin embargo, ahora esta Biblia es la raíz de todo lo que va a suceder en esta historia. Esa fue la luz que fue puesta en mi alma cuando yo era joven, y gracias sean dadas a Dios, que esa luz nunca se ha extinguido. Ha permanecido ahí todo el tiempo. Se debe a esa amada Biblia, y a través de la misericordia de Dios, que yo poseo hoy en día, un gozo indescriptible, el cual siento entre los redimidos, entre aquellos que han recibido la luz, y que están bebiendo de la fuente pura de la verdad.

La Biblia

Pero, tal vez tú te sientas inclinado a decir: “¿Acaso los sacerdotes católicos romanos le permiten a su gente leer la Biblia?” Sí, yo le doy gracias a Dios que así es. Es un hecho que hoy en día, casi en todo el mundo, la Iglesia de Roma otorga su permiso para que se lea la Biblia, y de la misma manera, tú puedes encontrar la Biblia en los hogares de algunos católicos romanos.

Pero cada vez que confesamos esto, debemos decir toda la verdad. Cuando el sacerdote pone la Biblia en las manos de su gente, o cuando el sacerdote recibe la Biblia de su iglesia, existe una condición para ello. La condición es que ya sea el sacerdote o la gente, ellos nunca deberán, bajo ninguna circunstancia, interpretar una sola palabra de acuerdo a lo que les dicte su propia consciencia, o de acuerdo a sus pensamientos. Cuando yo fui ordenado como sacerdote, yo juré que nunca interpretaría las Escrituras, y que lo haría sólo bajo el permiso unánime de los santos padres.

Amigos que están leyendo esto, vayan con los católicos romanos hoy en día, y pregúntenles si acaso tienen permiso para leer la Biblia. Ellos te van a contestar, “Sí, por supuesto que yo puedo leerla”. Pregúntenles también, “¿Tienes permiso para interpretarla?” Ellos te van a contestar, “No”. El sacerdote dice de una manera definitiva a la gente, y la iglesia le dice de una forma muy definida al sacerdote, que ellos no pueden interpretar una sola palabra de la Biblia de acuerdo con su propia inteligencia o de acuerdo a su propia consciencia, y que representa un pecado mayor, el tratar de interpretar por ellos mismos una sola palabra. El sacerdote de hecho le dice a la gente, “Si tú

intentas interpretar la Biblia con tu propia inteligencia estás perdido. Es un libro muy peligroso. Puedes leerlo, pero es mucho mejor no leerlo, puesto que no lo puedes entender”.

¿Cuál es el resultado de esta enseñanza? El resultado es que aunque tanto el sacerdote como la gente tienen la Biblia en sus manos, ellos de hecho no la leen. ¿Leerías tú un libro si tú eres persuadido de que no puedes entender una sola palabra de lo que leas? ¿Serían tan tontos como para gastar su tiempo leyendo un libro del cual han sido persuadidos que no van a entender una sola línea de ello? Entonces, amigo mío, esta es la verdad acerca de la Iglesia de Roma. Tienen muchísimas Biblias. Tú vas a encontrar una Biblia en la mesa del sacerdote y también en la mesa del laico católico, pero entre diez mil sacerdotes, no existen dos que hayan leído la Biblia desde el principio, y hasta el final, poniendo atención a lo que dice. Han leído unas páginas aquí y otras páginas allá, pero eso es todo.

En la Iglesia de Roma, la Biblia es un libro sellado, pero no fue así para mí. Lo encontré hermoso para mi corazón, cuando yo era un niño, y cuando llegué a ser sacerdote de Roma, yo la leí para ser un hombre fuerte, y que me diera la capacidad para poder discutir a favor de la Iglesia.

Mi gran objetivo era confundir a los ministros protestantes de América. Yo obtuve una copia de los “Santos Padres” y la estudié día y noche con las Sagradas Escrituras, para prepararme para la gran batalla que yo quería pelear en contra de los protestantes. Yo preparé estos estudios para fortalecer mi fe en la Iglesia Católica Romana.

Pero, ¡bendito sea Dios! Cada vez que yo leía la Biblia, había una voz misteriosa diciéndome, “¿Acaso no te das cuenta que bajo la Iglesia Católica no estás siguiendo la enseñanza de la Palabra de Dios, sino únicamente las tradiciones de los hombres?” En las horas silenciosas de la noche, cuando yo escuchaba esa voz, yo gemía y lloraba, pero se repetía una y otra vez, con la fuerza del trueno. Yo quería vivir y morir bajo la Santa Iglesia Católica Romana, y yo oraba a Dios para que callara esa voz, pero cada vez que se lo pedía, la escuchaba más fuerte. Cada vez que yo me encontraba leyendo su Palabra, Él estaba tratando de romper mis grillos y cadenas, pero yo no dejaba que se rompieran. Él venía a mí con su luz salvadora, pero yo no la retenía.

Yo no tengo ningún tipo de resentimientos en contra de los sacerdotes católicos romanos. Algunos de ustedes tal vez piensen que yo tengo resentimientos en contra de ellos. Si piensas esto, estás completamente equivocado. Algunas veces yo he gemido por causa de ellos, porque yo sé que esos pobres hombres —igual que yo— están luchando en contra del Señor, y se sienten tan miserables como yo me sentía miserable en aquel entonces. Si yo te cuento una de las luchas de las cuales hablo, tú podrás entender lo que significa ser un sacerdote católico romano, y tú entonces, orarás por ellos.

Un sermón

En Montreal, hay una catedral extraordinaria, capaz de alojar a una multitud de 15,000 gentes. Yo acostumbraba a predicar ahí muy a menudo. Un día, el Obispo me pidió que hablara acerca de la virgen María, y yo estaba muy contento de poder hacerlo. Yo le dije a

esa gente lo que yo creía que era cierto y lo que lo sacerdotes creen y predicán por todas partes. A continuación está el sermón que prediqué:

“Mis queridos amigos, cuando un hombre tiene rebeldía en contra de su rey, cuando este hombre ha cometido algún gran crimen en contra de su emperador ¿acaso viene el en persona a hablar con él? Si él quiere pedirle un favor a su rey, ¿osaría él, bajo estas circunstancias, aparecer en persona delante de su presencia? No, porque el rey lo reprendería y lo castigaría. Entonces, ¿qué es lo que puede hacer al respecto? En lugar de ir él en persona, escoge a uno de los amigos del rey, uno de sus oficiales, algunas veces, incluso a la hermana de la mamá del rey, y pone su petición en sus manos. Ellos van y hablan en favor de este hombre culpable. Ellos le piden su perdón, aplacan su ira, y muy a menudo, el rey concederá a esta gente el favor que hubiera reusado al hombre culpable”.

“Entonces”, dije, “todos somos pecadores, todos hemos ofendido al grande y majestuoso Rey, al Rey de reyes. Nos hemos levantado en rebeldía en contra de Él. Hemos pisoteado sus leyes con nuestros pies, y con toda seguridad, que Él está enojado contra nosotros. ¿Qué es lo que podemos hacer? ¿Iremos nosotros mismos con nuestras manos llenas de nuestras propias iniquidades? ¡No! Pero gracias a Dios tenemos a María, la madre de Jesús, quien es nuestro Rey, a su mano derecha, y tal como un hijo ejemplar nunca rehúsa darle a su madre nada que ésta le pide, de la misma manera, Jesús nunca rehúsa ningún favor que le pide María. Él nunca rehusó ninguna petición que ella le hiciera mientras Él estaba en la tierra. Él nunca ha

reprendido a su madre en ninguna forma. ¿Qué clase de hijo sería aquel que rompería el corazón de una madre amorosa, cuando podría hacerla feliz, por medio de otorgarle lo que ella le está pidiendo? Por lo tanto, yo digo que Jesús, el Rey de reyes, no sólo es el Hijo de Dios, pero también es el hijo de María y ama a su madre. Y así como nunca rehusó ningún favor a su madre mientras Él estaba en la tierra, Él tampoco le rehusará ningún favor hoy en día. Por lo tanto, ¿qué debemos hacer? ¡Oh! No podemos presentarnos nosotros en persona delante del Gran Rey, tal y como estamos cubiertos de iniquidad. Presentemos nuestras peticiones a su santa madre. Ella irá a los pies de Jesús, su Dios e hijo, y con seguridad, ella recibirá aquellos favores que está solicitando. Ella pedirá nuestro perdón y le será otorgado. Ella pedirá un lugar para ti en el reino de Cristo, y tú lo podrás tener. Ella le pedirá a Jesús que te perdone tus iniquidades, que acepte tu arrepentimiento, y Él te dará cualquier cosa que su madre le pida”.

La gente que me escuchaba estaba tan contenta ante la idea de tener un intermediario ante los pies de Jesús, intercediendo por ellos día y noche, que rompieron en llanto, y se llenaron de gozo ante el hecho de que María pediría su perdón, y que lo obtendría. En ese tiempo yo pensaba que esto era no sólo la religión de Cristo, sino también la religión con más sentido común, y que no existía nada que se pudiera decir en su contra. Después del sermón, el Obispo se acercó a mí y me bendijo, y me dio las gracias, diciéndome que ese sermón era de gran utilidad en Montreal.

Convicción

Esa noche yo me arrodillé y tomé mi Biblia, y mi corazón se encontraba lleno de gozo debido al buen sermón que yo había compartido por la mañana. Yo abrí y leí de Mateo 12:46-50, las siguientes palabras:

“Mientras Él aún estaba hablando a la multitud, he aquí, su madre y sus hermanos estaban afuera, deseando hablar con Él. Y alguien le dijo: He aquí, tu madre y tus hermanos están afuera deseando hablar contigo. Pero respondiendo Él al que se lo decía, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: ¡He aquí mi madre y mis hermanos! Porque cualquiera que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre”.

Cuando yo leí estas palabras, hubo una voz que me hablaba de una forma más terrible que la voz del trueno, y que me decía, “Chiniquy, tú predicaste una mentira esta mañana cuando tú estabas diciendo que María siempre había recibido los favores que le había pedido a Jesús. ¿Acaso no ves que María viene a pedir un favor a su hijo, durante su ausencia, ella ha tenido que estar sola, y que Él la dejó por muchos meses para predicar el Evangelio? Cuando María llegó al lugar donde Jesús estaba predicando, el lugar estaba tan lleno de gente que ella no pudo entrar. ¿Qué fue lo que ella hizo? Hizo lo que cualquier otra madre haría en su lugar. Ella le gritó, y le pidió que saliera a verla. Pero mientras Jesús está escuchando la voz de su mamá, y al mismo tiempo, con sus ojos divinos, la está viendo, ¿acaso le concede su petición? No, Él cierra sus oídos a su voz y endurece su corazón ante la petición de ella. Es una reprensión pública, y ella lo siente profunda-

mente. La gente está asombrada. Están desconcertados, casi alarmados de lo que está sucediendo. Ellos voltean a Jesús y le dicen ‘¿Por qué no vienes y hablas con tu madre?’ ¿Qué es lo que Jesús les dice? Él no da cualquier respuesta, sino una respuesta extraordinaria: ‘¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos y hermanas?’ En lo que respecta a María, ella es puesta a un lado, y queda sola, y además, en ridículo públicamente”.

Y entonces, la voz me habló otra vez con el poder de un trueno, indicándome que leyera otra vez San Marcos 3:31-35. Tú puedes encontrar el mismo acontecimiento relatado tanto en Marcos como en Lucas 8:19-21. En lugar de concederle su petición, Jesús le contestó en tal forma que representó una forma de reprender públicamente a su madre.

Y entonces la voz me habló con tremendo poder, diciéndome que mientras Jesús era un niño pequeño, obedecía a José y a su madre. Pero tan pronto como Él se presentó ante el mundo como el Hijo de Dios, como el Salvador del mundo, como la gran luz de la humanidad, entonces, María tenía que desaparecer. *Es a Jesús solamente que los ojos del mundo tienen que ver para recibir luz y vida.*

Entonces, mis amigos, la voz continuó hablándome toda la noche: “Chiniquy, Chiniquy, tú has dicho una mentira esta mañana, y tú predicaste un montón de fábulas y cuentos, y cosas sin ningún sentido. Y tú enseñaste cosas contrarias a las Escrituras cuando tú dijiste que María tiene el poder de conceder cualquier favor de parte de Jesús”. Yo oré y gemí, y fue una noche de insomnio para mí.

Una conversación en el desayuno

A la mañana siguiente me senté a la mesa con el Obispo-Príncipe, el coadjutor, quien me había inventado a desayunar.

Él me dijo: “Señor Chiniquy, tú te ves como un hombre que ha pasado toda la noche llorando, ¿qué es lo que te pasa?”

Yo le respondí: “Señor mío, tú estás en lo correcto. Me encuentro totalmente desolado, más allá de lo que cualquier ser humano puede soportar”.

“¿Qué es lo que te sucede?” preguntó.

“¡Oh!, no te lo puedo decir aquí”, le dije. “Me podrías conceder una hora de tu tiempo en tu habitación, a solas? Te contaré un misterio que te asombrará completamente.”

Después del desayuno salí con él y le dije: “Ayer, tú me felicitaste en gran manera por el sermón en el cual yo probé que Jesús concede las peticiones de su madre. Pero mi señor, durante la noche yo escuché otra voz, mucho más fuerte que la tuya, y el problema es que yo creo que esa voz es la voz de Dios. Esa voz me ha dicho que todos nosotros, los obispos y sacerdotes católicos romanos, estamos predicando una falsedad cada vez que le decimos a la gente que María siempre tiene el poder de recibir de las manos de Jesús todos los favores que ella le pida. Esta es una mentira, mi señor — esto, me temo, es un error diabólico y causa mucho daño”.

El Obispo me contestó entonces, “Señor Chiniquy, ¿qué es lo que quieres decir? ¿Eres tú un protestante?”

“¡No!” le dije, “yo no soy un protestante”. (Muchas veces anteriormente yo había sido llamado protestante

por leer y profundizar en la Biblia). “Pero te diré, cara a cara, que temo sinceramente que ayer haya predicado una mentira, y que tú, mi señor, prediques también esa mentira la próxima vez que tú digas que debemos invocar a María, usando el pretexto de que Él nunca le ha rehusado ningún favor a su madre. Esto es falso”.

El Obispo dijo: “Señor Chiniquy, ¡tú ya has ido muy lejos!”

“No mi señor, no tiene caso discutir esto. Aquí está el Evangelio. Léalo por usted mismo”.

Puse el Evangelio en las manos del Obispo, y él leyó con sus propios ojos exactamente lo que yo le había dicho. Me dio la impresión de que él estaba leyendo esas palabras por primera vez en su vida. El pobre hombre estaba tan sorprendido que se quedó callado y temblando. Finalmente él preguntó, “¿Qué significa esto?”

“Bueno, este es el Evangelio, y aquí, tú puedes ver que María ha venido a pedirle un favor a Jesús, y Él no sólo la ha reprendido, sino también se negó a considerarla como su madre. Él hizo esto públicamente, para que podamos saber que María fue la madre de Jesús como hombre, pero no como Dios”.

El Obispo estaba atónito. Él no podía contestarme.

Entonces, yo le pedí que me permitiera hacerle unas cuantas preguntas. “Mi señor, ¿quién te salvó a ti, y quién me salvó a mí en la cruz?”

Él contestó, “Cristo Jesús”.

“¿Y quién pagó por tus culpas y las mías, a través de derramar su sangre; acaso fue María o Jesús?”

Él respondió: “Fue Cristo Jesús”.

“Ahora, mi señor, cuando Jesús estaba en la tierra, ¿quién amó más al pecador; fue María o Jesús?”

Y una vez más él contestó que fue Jesús.

“¿Acaso vino algún pecador a María para ser salvo mientras ella estuvo en la tierra?”

“No”.

“¿Recuerdas tú a algún pecador que haya acudido a Jesús para ser salvo?”

“Sí, a muchos”.

“¿Los reprendió Jesús por hacer eso?”

“No, nunca”.

“¿Recuerdas que alguna vez Jesús haya dicho a los pecadores ‘Vengan a María y ella los salvará?’”

“No”.

“¿Recuerdas que Jesús alguna vez le haya dicho a los pecadores ‘Vengan a mí?’”

“Sí, Él dijo eso”.

“¿Alguna vez, acaso Él desmintió esas palabras?”

“¡No, nunca!”

“¿Y quién es, entonces, el que posee el poder para salvar a los pecadores?”

“¡Oh, siempre ha sido Jesús!”

“Ahora, mi señor, dado que ahora Jesús y María están en el cielo, ¿puedes tú mostrarme en las Escrituras que Jesús haya perdido su deseo y su poder para salvar a los pecadores, o que le haya delegado ese poder a María?”

Y el Obispo contestó, “No, no puedo”.

“Entonces, mi señor”, le pregunté, “¿por qué no acudimos sólo a Él y a nadie más que a Él exclusivamente? ¿Por qué invitamos a los pecadores a venir a

María, cuando, por tú propia confesión, ella no tiene valor comparada a Jesús, hablando de poder, de misericordia, de amor, y de compasión por el pecador?”

Entonces, parecía que el pobre Obispo era un hombre condenado a muerte. Estaba temblando en frente de mí, y como no pudo contestarme, se disculpó poniendo como pretexto que tenía otros negocios que atender y me dejó. Sus “negocios” eran el hecho de que no podía responder a todas mis preguntas.

Sin embargo, aún no me había yo convertido. Existían muchos lazos que aún me ataban a los pies del Papa. Iban a venir muchas otras batallas, antes de que yo pudiera romper las cadenas que me tenían atado.

Pero en esos días, aunque me sentía atribulado, todavía no había perdido mi celo por mi Iglesia. Los obispos me habían otorgado gran poder y autoridad, y el Papa, personalmente, me había puesto por encima de muchos otros, y yo guardaba la esperanza de que con muchos otros, y poco a poco, pudiéramos llegar a reformar la Iglesia en muchas cosas.

¿Lealtad a quién?

En 1851 fui a Illinois a fundar una colonia francesa. Tomé conmigo aproximadamente 75.000 franco-canadienses, y nos establecimos en las magníficas praderas de Illinois, para tomar posesión de todo ello, en el nombre de la Iglesia de Roma. Después de que yo había comenzado mi gran obra de colonización, me convertí en un hombre muy rico. Compré muchas Biblias y le di una a cada una de las familias. El Obispo se enojó mucho conmigo a causa de esto, pero a mí no me importó. Yo no tenía ninguna intención de abandonar a la Iglesia de Roma, pero al mismo tiempo, yo

quería guiar a mi gente de la mejor manera posible, tal y como Cristo quería que yo los guiara.

Ahora, el Obispo de Chicago hizo algo que como buenos franceses no podíamos tolerar. Era un gran crimen, y por lo tanto, yo escribí al Papa, y al mismo tiempo lo despedí de sus funciones. Otro obispo fue enviado en su lugar, que trajo al Gran Vicario a visitarme.

El Gran Vicario me dijo: “Señor Chiniquy, estamos muy contentos de que usted haya despedido al obispo anterior, dado que era un mal hombre. Pero en muchos lugares sospechan de usted, que ya no forma parte de la Iglesia de Roma. Se sospecha que usted sea un hereje y un protestante. ¿Podría usted darnos un documento con el cual probemos ante todo el mundo que usted y su gente siguen siendo buenos católicos romanos?”

Yo dije: “No tengo ninguna objeción en hacerlo”.

Él continuó diciendo, “Es el deseo del nuevo obispo, a quien el Papa envió personalmente, el tener ese documento de parte de usted”.

Entonces, yo tomé un papel —y me parecía que este era el momento de oro para callar la voz que me había estado hablando día y noche, causando tantos problemas con mi fe. Yo quería convencerme a mí mismo de esta manera, que en la Iglesia Católica Romana sí estábamos siguiendo la Palabra de Dios, y no solamente “tradiciones de hombres”. Yo escribí las siguientes palabras:

“Mi señor, nosotros, los franco-canadienses de la colonia de Illinois queremos vivir en la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, fuera de la cual no hay salvación, y para probar esto, prometemos obedecer tu

autoridad de acuerdo a la Palabra de Dios, tal y como lo encontramos en el Evangelio de Cristo”.

Yo firmé el documento, y se lo di a mi gente para que lo firmaran, y lo hicieron. Entonces, se lo di al Gran Vicario, y le pregunté lo que pensaba de ello. Él dijo, “Es exactamente lo que queremos”. Él me aseguró que el Obispo lo aceptaría, y que todo iba a estar bien.

Cuando el Obispo leyó la carta de sumisión, él también la encontró correcta, y con lágrimas de alegría dijo, “Estoy tan contento de que hayas escrito tu documento de sumisión, porque temíamos que tú y tu gente se volvieran protestantes”.

Mis queridos amigos, para mostrarles mi ceguera, debo confesar para mi propia vergüenza, que yo estaba contento de haber hecho la paz con el Obispo, el cual era un hombre, pero al mismo tiempo, yo no había hecho la paz para con Dios. El Obispo me dio una “carta de paz”, por la cual él declaró que yo era uno de sus mejores sacerdotes, y con la cual regresé a mis colonos, con la intención de quedarme ahí. Pero Dios miró, a través de su misericordia, y Él estaba a punto de romper esa paz que yo había hecho con el hombre y no con Dios.

El Obispo después mi partida, fue a la oficina de telégrafos, y telegrafió mi carta de sumisión a los otros obispos, preguntándoles lo que pensaban de ello. Todos ellos le contestaron lo mismo de forma unánime el mismo día: “¿Acaso no te das cuenta de que Chiniquy es un protestante disfrazado, y además ha hecho un protestante de ti? ¿No te das cuenta de que no es ante ti que él se está sometiendo, sino ante la Palabra de

Dios? Y si tú no destruyes esa carta de sumisión, tú te convertirías en un protestante también”.

Diez días después, yo recibí una carta del Obispo, y cuando fui con él, me preguntó si yo tenía la “carta de paz” que él me había dado el otro día. Se la di, y cuando él constató que era la misma carta, corrió hacia la estufa y arrojó la carta en el fuego. Yo estaba totalmente sorprendido. Corrí hacia el fuego para tratar de salvar mi carta, pero ya era muy tarde. Estaba totalmente destruida.

Entonces me volví al Obispo, “¿Cómo se atreve usted, mi señor, tomar de mi mano un documento que es mi propiedad, y destruirlo sin mi permiso?”

Él contestó, “Señor Chiniquy, yo soy tu superior, y no tengo que rendirte cuentas a ti”.

“Sí, tú de hecho, eres mi señor, mi superior, y yo solamente soy un pobre sacerdote, pero existe un gran Dios, quien está muy por encima de ti y de mí, y ese Dios me ha otorgado derechos que nunca podré dejar, a fin de agradar a ningún hombre. Y es en la presencia de ese Dios, que yo protesto en contra de tu iniquidad”.

“Bueno, ¿viniste a aquí a darme todo un discurso?”

“No, mi señor, pero yo quiero saber si tú me trajiste hasta aquí sólo para insultarme.”

“Señor Chiniquy, te traje aquí porque tú me diste un documento el cual tú sabías muy bien no fue un acto de sumisión.”

“Dime, ¿qué clase de sumisión es la que requieres de mí?”

“Tú debes comenzar por quitar estas pocas palabras ‘de acuerdo a la Palabra de Dios, tal y como lo encontramos en el Evangelio de Cristo’, y decir sim-

plemente que tú prometes obedecer mi autoridad sin condición alguna, que tú harás cualquier cosa que yo te pida.”

Entonces, me puse de pie y le dije, “Mi señor, lo que tú estás pidiendo de mí, no es un acto de sumisión, sino un acto de adoración, y yo rehúso adorarte”.

“Entonces, si tú no puedes darme ese acto de sumisión, tú ya no puedes ser un sacerdote católico romano”.

Levanté mis manos a Dios y dije, “Que el Dios Todopoderoso sea bendecido por siempre”, y me puse mi sombrero y deje al Obispo.

Regeneración

Fui al hotel donde había rentado un cuarto, y cerré la puerta tras de mí. Me puse de rodillas para examinar delante de la presencia de Dios lo que yo había hecho. Entonces, por primera vez, pude ver claramente, que la Iglesia de Roma no podía ser la Iglesia de Cristo. Yo había aprendido la tremenda verdad, y no de las bocas de los protestantes, no de las bocas de sus enemigos, pero de la misma boca de la Iglesia de Roma. Me di cuenta de que yo no podía permanecer en esa Iglesia, a menos que yo negara la Palabra de Dios a través de un documento formal. Entonces, me di cuenta de que había hecho bien al dejar a la Iglesia de Roma. Pero, oh, mis amigos, ¡qué oscura nube vino sobre mí! En medio de esa oscuridad, yo clamé, “Dios mío, Dios mío, ¿cuál es la causa de que mi alma esté rodeada de tanta oscuridad?”

Derramé tantas lágrimas, pidiéndole a Dios que me mostrara el camino, pero por un tiempo, no había ninguna respuesta. Había dejado a la Iglesia de Roma.

Había entregado mi posición, mi honor, a mis hermanos y hermanas, ¡todo aquello que era lo más amado para mí! Me di cuenta de que el Papa, los obispos y los sacerdotes me atacarían a través de la prensa, y a través de los púlpitos. Yo pude ver que ellos iban a despojarme de mi honor, y aún de mi nombre —y tal vez, de mi propia vida. Pude ver que había comenzado una guerra a muerte entre la Iglesia de Roma y yo, y traté de ver si habían quedado algunos amigos que me pudieran ayudar a pelear esta batalla, pero ni uno de ellos quedó a mi lado. Pude darme cuenta de que aún mis amigos más cercanos me maldecían, y me miraban como un traidor infame. Me di cuenta de que mi propia gente me estaba rechazando, y que aún mi amado país, donde tenía tantos amigos, me maldeciría, y que me había convertido en un objeto de horror para el mundo entero.

Entonces, traté de recordar si acaso tenía algunos amigos entre los protestantes, pero como yo había hablado y escrito en contra de ellos toda mi vida, yo no tenía un solo amigo entre ellos. Me di cuenta de que me había quedado completamente solo para pelear esta batalla. Esto era demasiado para mí, y en estos terribles momentos, aun si Dios hubiera realizado un milagro, yo no hubiera sido capaz de reconocerlo y soportarlo. Me parecía imposible el hecho de tener que salir de ese cuarto hacia al mundo frío, donde no iba a encontrar una sola mano que estrechara la mía, o una sola sonrisa que se dirigiera hacia mí, pero donde sólo iba a poder ver a aquellos que me mirarían como si fuera un traidor.

Parecía que Dios estaba tan lejos, pero en realidad, se encontraba tan cerca. De repente, un pensamiento

vino a mi mente: “Tú tienes tu Evangelio, léelo y encontrarás la luz”. Todavía de rodillas y con las manos temblorosas, abrí el libro. Y no fui yo, sino Dios quien realmente lo abrió, puesto que mis ojos dieron con 1ª Corintios 7:23, que dice: “Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres”.

La luz entró a mí con estas palabras, y por primera vez, pude ver el gran misterio de la salvación, tanto como el ser humano lo puede ver. Me dije a mí mismo “Jesús me ha comprado. ¡Yo soy salvo! ¡Jesús es mi Dios! ¡Todas las obras de Dios son perfectas! Entonces, soy completamente salvo —puesto que Jesús no me salvó a medias. *Soy salvo por la sangre del Cordero. Soy salvo por la muerte de Jesús.*” Y estas palabras fueron tan dulces para mí, que sentí un gozo indescriptible, como si las fuentes de la vida hubieran sido abiertas, y torrentes de nueva vida estaban fluyendo sobre mi alma. Me dije a mí mismo, “Yo no soy salvo, como lo pensaba antes, a través de acudir a María. Yo no soy salvo por el purgatorio, o por las indulgencias, o por las confesiones y penitencias. ¡Soy salvo por Jesús solamente!” Y todas las falsas doctrinas de Roma se fueron de mi mente, como cuando cae una torre que ha sido golpeada en su base.

Entonces, sentí un gozo y una paz, que los ángeles del cielo no podían estar más contentos de lo que yo me encontraba. La sangre del Cordero estaba fluyendo a través de toda mi alma culpable. Con un clamor de gozo yo dije, “¡Oh, mi amado Jesús, lo estoy sintiendo, lo sé, tú me has salvado! ¡Oh, maravilloso regalo de Dios, yo te recibo en este mismo momento! Toma mi corazón para que sea tuyo para siempre. Regalo de Dios, habita en mí para convertirte en mi camino, en

mi luz, y en mi vida misma. ¡Permíteme permanecer en ti desde ahora y para siempre! Pero permíteme pedirte una cosa, mi amado Jesús. No me salves sólo a mí, salva a mi gente. ¡Permíteme enseñarles este maravilloso regalo a ellos también! ¡Oh, que ellos te acepten y se sientan tan ricos y tan felices como me siento yo en este momento!”

Era como si yo había encontrado la luz y el gran misterio de nuestra salvación, que es tan sencilla y tan hermosa, tan sublime y tan grande. Yo había abierto las manos de mi alma y había aceptado el Regalo. Yo era muy rico con el Regalo. La salvación, mis queridos amigos, es un regalo. Lo único que tú tienes que hacer con ella es aceptarla y amarla, más que todo, amar al Dador de ese Regalo.

Apreté el Evangelio a mis labios, y juré que nunca más predicaría ninguna otra cosa que no fuera Jesús mismo.

Regreso al rebaño

Llegué al lugar donde se encontraba mi colonia un sábado por la mañana. Todos se encontraban muy entusiasmados, y corrieron hacia mí, preguntándome por las noticias que yo traía. Cuando se reunieron en la iglesia, les presenté el Regalo. Les mostré lo mismo que Dios me había mostrado a mí, su Hijo Jesús, como el Regalo —y a través de Jesús, el perdón de mis pecados, y la vida eterna como dádiva. Entonces, sin saber si iban o no a recibir el regalo, les dije: “Es tiempo de que yo me vaya lejos de ustedes, mis amados amigos. He dejado la Iglesia Católica Romana para siempre. He tomado el regalo de Cristo. Sin embargo, yo los respeto mucho a ustedes y no puedo imponerles nada, si ustedes piensan que sea mejor seguir al Papa en lugar

de seguir a Cristo Jesús, y si piensan que sea mejor invocar el nombre de María en lugar de invocar el nombre de Jesús para ser salvos, díganmelo por medio de ponerse en pie ahora mismo”.

Para mi completo asombro, toda la multitud que había en la iglesia permaneció en sus asientos, llenando la iglesia con sus lágrimas y llantos. Yo pensé que algunos de ellos me pedirían que me fuera, pero nadie lo hizo. Y a medida que yo observaba, pude notar un cambio que tomaba lugar en cada uno de ellos —un cambio maravilloso, el cual no podía explicarse con simples palabras— y dije con lágrimas de gozo:

“El Dios Poderoso que me salvó ayer te puede salvar ahora mismo. Conmigo tú cruzarás el Mar Rojo para ir hacia la Tierra Prometida. Conmigo, tú aceptarás el Gran Regalo, y tú serás rico y lleno de gozo en el Regalo. Te lo voy a volver a preguntar de otra manera: Si tú crees que es mejor seguir a Cristo Jesús en lugar de seguir al Papa, si tú crees que es mejor invocar el nombre de Jesús solamente en lugar de invocar el nombre de María, si tú crees que es mejor poner tu confianza solamente en la sangre derramada por el Cordero en la cruz por tus pecados, en lugar de confiar en el purgatorio de Roma, esperando hasta después de tu muerte para ser salvo, y si tú crees que es mejor para ti el tenerme predicándote el puro Evangelio de Cristo en lugar de tener un sacerdote predicándote las doctrinas de Roma, ¡dímelo por medio de ponerte de pie en este mismo momento!”

Y absolutamente todos, sin excepción alguna, se pusieron de pie, y con lágrimas, únicamente me pidieron que me quedara con ellos.

El Regalo, el Gran e Incomparable Regalo, había por primera vez, estado ante sus ojos en toda su belleza. Ellos lo habían encontrado indescriptiblemente precioso y lo habían recibido. No existen las palabras que pudieran describir el gozo de esa multitud. De la misma manera que yo, ellos se sintieron ricos y felices en el Regalo. Los nombres de más de mil almas fueron escritos ese día en el Libro de la Vida. Seis meses más tarde, éramos dos mil convertidos. Un año después, jéramos cuatro mil convertidos! Y actualmente, somos más de veinticinco mil almas que han lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero, quedando totalmente puras.

Las noticias se esparcieron rápidamente por todos los Estados Unidos de América, y aún en Francia e Inglaterra, ese Chiniquy, el sacerdote más famoso del Canadá, había dejado la Iglesia de Roma, encabezando un numeroso grupo de nobles hombres. Y dondequiera que esto fue dicho, el nombre de Jesús fue bendecido, y yo espero que tú bendigas al misericordioso y adorable Salvador en este día juntamente conmigo, cuando he tenido el privilegio de contarte todo lo que Él ha hecho por mi alma.

Oren por todos los católicos romanos en Estados Unidos de América y en todo el mundo, para que yo pueda ser un instrumento de las misericordias de Dios hacia ellos, y que todos ellos reciban, junto conmigo, el Incomparable Regalo, y que amemos y glorifiquemos al Regalo durante los pocos días que tenemos de nuestro peregrinar aquí en la tierra, y también por toda la eternidad. Amén.

